El primer tutor de Bolívar

Arístides Rojas



Colección
Herederos de Bolívar

El primer tutor de Bolívar

Arístides Rojas



Colección: Herederos de Bolívar
Ediciones MinCI

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información
Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información. Parroquia Altagracia, Caracas-Venezuela.
Teléfonos (0212) 802.83.14 / 83.15
Rif: G-20003090-9

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela
Jorge Rodríguez
Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)
Estela Ríos
Viceministra de Planificación Comunicacional
Kelvin Malavé
Director General de Producción de Contenidos
Saira Arias Díaz
Directora de Publicaciones

Daniela Marcano
Edición y corrección de textos
Luis Manuel Alfonso y Saira Arias
Diseño de colección
Saira Arias
Diagramación

Depósito Legal: DC2019001192
ISBN:

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela
Caracas, julio de 2019



Julio de 2019

Nota Editorial

La Colección Herederos de Bolívar nace para conmemorar la obra y pensamiento de nuestro Libertador, a través de quienes le han leído, es decir, nosotros, que somos parte de ese género humano, fruto del mestizaje. Reconocemos así la importancia del inmenso legado de integración y búsqueda por construir un mundo mejor.

Esta oportuna iniciativa muestra los ideales libertarios y revolucionarios presentes en las constantes reflexiones del Libertador, que aún se mantienen en la Venezuela actual. Y sin duda, sirven como modelo reformador para nuestra sociedad.

Sus ideales se integran al país por medio de una columna firme de sabiduría, basada en la ciencia de crear y conservar el referido ideario de libertad que permita al pueblo comprender la importancia histórica y política de esta Patria.

En la calle sud 5, número 9, hay una casa de singular fachada, construida en los primeros años del último siglo. Exteriormente es de un solo piso y su frente está ocupado por tres grandes ventanas sobresalientes, constituyendo cada una de éstas el centro de otros tantos compartimientos formados de pilares fantásticos y arco de arabescos caprichosos. El conjunto aparece, a primera vista, más grotesco que artístico, sobre todo, cuando se estudia con detención. El dosel o guardapolvo en que están sujetas las rejas de cada ventana están exornadas de labores, del mismo estilo, aunque más vistosos. Sobre la puerta de entrada que está a la derecha, existe un nicho vacío coronado por el monograma de la Virgen María. Hasta ahora pocos años, figuró en el zaguán de esta casa el antiguo pavimento de hueso, muy de moda en Caracas, durante los dos últimos siglos. De este pavimento sólo se conserva una porción del primer corredor, recuerdo de los antiguos dueños que la habitaban en remotos días.

He aquí una casa célebre, no sólo porque en ella vivió Bolívar, de edad de cinco a seis años, cuando su madre cansada de las travesuras del niño, lo entregó al tutor *ad litem* que le había nombrado la Audiencia de Santo Domingo, por fallecimiento de su padre, el coronel Bolívar, acaecido en 1786, sino también por ser esta casa la que, durante muchos años, ocupó el tutor, aquel célebre patricio de la revolución de 1810, aquel licenciado don José Miguel Sanz, amigo de Miranda, víctima de la guerra a muerte, en las sabanas de Urica, en agosto de 1814. En esta casa fue instalada la Academia de Matemáticas en 1831; y el Colegio de Santa María en 1859, bajo la dirección de los señores doctor Agustín Aveledo y doctor Ribas Bawldinn.

Refieren las crónicas de ahora ciento veinte años, que en la Universidad de Caracas cursaba el estudio de ciencias jurídicas un mancebo de suaves modales, de carácter concentrado, pobremente

vestido, dedicado en alto grado al estudio. Ya porque fuese tuerto de un ojo, ya porque careciera de la cháchara y atrevimiento que caracterizan en el claustro a ciertas medianías que llegan alcanzar entre sus colegas séquito y amistades, es lo cierto, que el más aprovechado de los estudiantes, en la época a que nos referimos, servía constantemente de tema de burla a sus compañeros, por su carácter retraído y silencioso. Llamábase el estudiante José Miguel Sanz. Armado de paciencia, escudo en los espíritus superiores, supo José Miguel despreciar las bromas pesadas y repetidas de sus compañeros, no viendo en ellas sino puerilidades, hijas del poco mérito y de la ausencia de buena educación. Sin embargo, cuando José Miguel se veía acosado, abandonando el carácter silencioso, se iba sobre sus adversarios, los apostrofaba, los hería con frases cultas, y los retaba para los días de examen, seguro de que todos ellos aparecerían ignorantes a su lado. Y en efecto, así sucedía: al llegar la época en la cual cada estudiante debía presentarse con capital propio, José Miguel descollaba por sus méritos, apareciendo erguido, sereno, satisfecho, y con plena conciencia de sus fuerzas.

Recreábanse los examinadores al ser testigos de la soltura del estudiante y de la facilidad con la cual resolvía las más difíciles cuestiones. Al concluir los exámenes, la fama pregonaba el talento, aprovechamiento, despejo y demás condiciones del joven; y éste, en presencia de sus compañeros, recibía los premios a que había sido acreedor. La superioridad de Sanz que había comenzado a vencer a sus colegas con el desdén, llegó a imponerse con el talento y con la fama, de tal manera, que las bromas y burlas llegaron a tornarse en admiración. Sanz fue proclamado por sus condiscípulos el primer estudiante de Derecho, el espíritu más luminoso de su época y la gloria más pura del claustro universitario. Años más tarde, el nombre del nuevo abogado resonaba por todas partes. Brillaba en Caracas, en

los momentos en que desaparecía de la escena política la Compañía Guipuzcoana, se eclipsaba la estrella del feroz intendente Ávalos, y surgía con medidas trascendentales el gobierno de Carlos III, como una esperanza en los destinos de América.

A poco andar nace, en 1783, el párvulo Símón, hijo del coronel don Juan Vicente de Bolívar y de su esposa doña Concepción Palacios y Sojo. Rico al nacer, lo fue más, cuando a los pocos días, el presbítero don José Félix Jérez Aresteigueta le adjudicó un cuantioso vínculo, legado que llamó la atención pública por la magnificencia del donador. Dos años más tarde, muere el coronel Bo lívar quedando el huérfano Simón, así como sus hermanos, bajo la tutela de la madre. Pero como la ley española, en casos como éste, favorece los derechos del privilegiado, la Audiencia de Santo Domingo al tener noticia de la muerte del coronel Bolívar, nombró un tutor *ad litem* al párvulo Simón, recayendo el encargo en la persona del ya célebre abogado de Caracas, don José Miguel Sanz.

Es una ley de los contrastes, nacer rico y morir pobre; sembrar beneficios y cosechar abrojos; alcanzar nombre preclaro y morir abandonado; imperar, triunfar, ascender al zénit de la gloria y desaparecer silbado y maldecido. El infante Bolívar que, antes de poseer la razón, venía la ley a ampararle la cuantiosa fortuna que poseía, estaba escrito que tendría que ser amortajado con camisa ajena, cuarenta años más tarde. Todo esto no podía pasar por la mente del tutor, quien tampoco podía presumir el trozo de niño que, bajo su amparo, le entregaba la Audiencia de Santo Domingo. Aquel niño de cinco años y el tutor de treinta y cuatro, después de mil peripecias, debían tropezar por la última vez: el uno, el más joven, en el camino de la fuga: el otro, el anciano, en el camino de la muerte.

Insoportable apareció desde su más tierna edad el niño Simón Bolívar. No podían con él ni la madre, ni el abuelo, ni los tíos, pues obedecía a sus instintos y caprichos, se burlaba de todo, haciendo todo lo contrario de cuanto se le aconsejaba. Inquieto, inconstante, voluntarioso, imperativo, audaz, poseía todas las fuerzas del muchacho a quien le han celebrado sus necedades, haciéndole aparecer como cosa nunca vista. Ni se le regañaba y menos se le castigaba por sus numerosas faltas; siendo inaguantable ante su propia familia y extraños. En tan triste situación pensó la madre del niño, cuando éste alcanzó la edad de seis años, que debía colocarlo bajo los cuidados de un director de carácter, de ilustración y de sanas ideas que pudiera salvarle a su hijo de una educación viciosa que sostenía un carácter indomable. Pensó doña Concepción en el tutor *ad litem*, el abogado Sanz, quien después de repetidas excusas aceptó al fin, llevándose al niño a su casa para que viviera como uno de sus hijos. Le pareció que complementaba de esta manera el encargo que le había conferido la Audiencia.

Entre el pupilo y el tutor mediaban treinta años de edad, lo suficiente, al parecer, para que el viejo, que así llaman a los espíritus serios, tenaces en el cumplimiento del deber, pudiera imponerse a un niño de tan pocos años. Al instalarse Simón en la casa del tutor, de la cual hemos hablado, comenzó el padre Andújar, capuchino muy instruido de aquella época, a enseñar al niño los rudimentos de religión, moral e historia sagrada, que sabía mezclar con historietas graciosas que tenían por objeto llamar la atención del discípulo y de captarle la mejor voluntad. Pertenecían al tutor las advertencias, los consejos, los castigos y hasta las amenazas, pues Bolívar, niño, se reía de todo el mundo, a nadie obedecía, no aceptando sino los aplausos necios que provocaban algunas de sus muchachadas.

En los primeros días el tutor apareció suave y cariñoso, pero a proporción que este método fue quedando en desuso, el tutor fue acentuando las observaciones y consejos, hasta que llegó a mandar con carácter paternal e imperativo.

—Cállese usted y no abra la boca –le decía con frecuencia el tutor, cuando en las horas de almuerzo o comida, el niño quería mezclarse en la conversación. Y el muchacho, que era muy tunante, aparentando cierta seriedad, dejaba el cubierto y cruzaba los brazos sobre el pecho.

— ¿Por qué no come usted? –preguntaba el licenciado.

—Usted me manda que no abra la boca.

En cada una de estas chuscadas, el tutor había de reírse, aunque en la mayoría de las veces permanecía serio al lado del pupilo.

—Usted es un muchacho de pólvora –le dice el tutor, en cierta ocasión.

—Huya, porque puedo quemarlo –contesta Bolívar. Y lleno de risa se dirige a la señora de Sanz y le dice: Yo no sabía que era triquitraque.

—Ya no puedo con usted –le dice el licenciado, en una ocasión en que el pupilo estaba inaguantable– Yo no puedo domar potros– agrega el tutor, algo excitado.

—Pero usted los monta –responde Bolívar, con impasibilidad admirable.

Aludía el pupilo al caballo zaino que montaba el licenciado, y que de vez en cuando costaba trabajo hacerle subir la rampa que unía el primer patio con el piso del corredor.

Como el licenciado tenía que asistir con frecuencia a los tribunales, dejaba casi siempre a Simón encerrado en la sala alta de la casa, como castigo que le imponía por sus repetidas faltas; pero como los niños, por traviesos que sean, inspiran siempre conmiseración a las madres, sucedía que la esposa del licenciado, apiadándose de Simón, le hacía llegar al prisionero, por una de las ventanas, y ayudada de una vara larga, pan y dulces, encargándole que de ninguna manera, la comprometiera con su marido. Al regresar el tutor, la primera pregunta que hacía a la señora era la siguiente:

— ¿Cómo se ha portado ese niño?

—Ha estado tranquilo –contestaba la señora.

En seguida subía el tutor a la sala de detención, abría la puerta y ponía en libertad a Simón.

—Sé que te has portado muy bien durante mi ausencia –decía el licenciado al pupilo. Saldremos, por lo tanto, a pasear esta tarde.

— ¿A qué debo esto? –pregunta Simón.

—A los informes de mi señora.

—Qué buena mujer es su esposa, don José Miguel –replica Simón, animado de gratitud.

—Sí, sí, muy buena, porque te apadrina y consiente –replicó el licenciado.

—Ja, ja, ja –contesta el pilluelo, riéndose a sus anchas.

— ¿De qué te ríes, tunante? –pregunta el tutor.

—De nada, señor de nada. Me río porque lo apetezco.

El muchacho no quiso comprometer a la señora que lo favorecía con dulces en cada ocasión en que el tutor, al salir para la Audiencia, encerraba a Simón en la sala alta de la casa. Simón y el tutor salían casi todas las tardes a caballo, y retornaban después de horas de paseo. El licenciado montaba su caballo zaino y el pupilo un burro negro algo perezoso. El maestro aleccionaba al discípulo, durante el paseo, aprovechando cualquier incidente que mereciese darle una lección.

—Usted no será jamás hombre de a caballo –dice el licenciado a Simón, que no tenía compasión del asno.

— ¿Qué quiere decir hombre de a caballo? –preguntó el niño. El licenciado da una explicación satisfactoria, a la cual responde Simón:

— ¿Y cómo podré yo ser hombre de a caballo montando en un burro que no sirve para cargar leña?

—Así se comienza –responde el tutor que sabía aprovecharse de todo para departir con el pupilo[1].

1- Podría formarse una colección de los dichos, respuestas, frases irreflexivas, contestaciones oportunas, en ocasiones dignas de elogio, en otras dignas de censura, del niño Simón de Bolívar, durante el tiempo en que estuvo bajo la vigilancia del célebre tutor don José Miguel Sanz. Doña Alejandra Fernández de Sanz, esposa de éste, que fue para el inquieto pupilo una providencia siempre cariñosa, siempre oportuna, trasmitió a su hija doña María de Jesús Sanz, después la esposa de don Cástor Martínez, cuanto conservaba de caro acerca de las frases y respuestas de Bolívar. De labios de doña María de Jesús, señora de gratos recuerdos para la sociedad de Caracas, supimos muchas de las historietas de Bolívar; y todavía hoy, los nietos del tutor, relatan incidentes que se han ido conservando en esta familia, durante cien años. Nos es placentero dedicar hoy en esta leyenda algunas líneas a la memoria del célebre tutor, jefe de la tan conocida

Y fue tan hombre de a caballo que, cuando murió en Santa Marta, en 1830, de edad de cuarenta y siete años, notóse que tenía en cada posadera enorme callo. Había recorrido, durante veinte años, las pendientes, llanuras, valles, costas, las principales ciudades de la América del Sud, y el dorso de la tierra, desde las costas de Paria hasta las cimas de Cuzco y del Potosí y a orillas del elevado Titicaca.

Pero esta lucha constante entre el maestro, ya en edad provecta y el niño de seis años, no debía continuar. Se comprende que el jefe de una familia sea incansable, tenaz y hasta cruel en la educación de un hijo de naturaleza refractaria, pero no se comprende que un hombre de la seriedad e ideas de Sanz pudiera constituirse en mentor constante de un muchacho, reacio a todo consejo, y con quien no le ligaban vínculos de familia ni antecedentes sociales. Además, ni tenía tiempo el tutor para constituirse en celador ni estaba en su educación hacerse verdugo de nadie. Así fue que antes de cumplirse dos años, don José Miguel llevó a Simón a la casa de la madre y allí lo dejó para que continuara recibiendo las lecciones de los profesores Andújar, Pelgrón, Vide, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Nos inclinamos a creer que éste sustituyó al tutor *ad litem* en el manejo de la fortuna que fue donada a Bolívar por el padre Jérez Aresteigueta. Muerta la señora Concepción Palacios de Bolívar en 1791, el padre de ésta, don Feliciano Palacios, continuó como tutor natural de Simón y después, por muerte de aquél, los tíos Esteban y Carlos, hasta, que el mozo Bolívar se emancipó de todo pupilaje en 1796 y salió para Europa en 1799.

¿Qué influencia ejerció el primer tutor de Bolívar en el ánimo y educación de éste? Ninguna, porque Bolívar pertenecía a ese grupo

familia Martínez Sanz; y nos será satisfactorio, porque nos estimula el sentimiento patrio, dar más tarde a la estampa el estudio histórico que conservamos inédito, acerca del célebre patricio de la revolución venezolana, víctima de la guerra a muerte, en los días sangrientos de 1814.

de hombres que se forman por sí, debido a cierta idiosincrasia que tiende a emanciparlos de sus semejantes, y los somete al impulso de caprichos y necesidades, en acatamiento a aspiraciones naturales, que se transforman en grandes conquistas sociales. Si es difícil conducirlos en los primeros días, es más difícil comprenderlos cuando en posesión de una claridad intelectual, que los estimula, se empinan, toman vuelo, ascienden y obran sin ser comprendidos, en obedecimiento a leyes misteriosas del organismo. La humanidad juzga siempre a estos hombres luminosos, como locos dignos de conmiseración. Son como el albatros que necesita del huracán para extender el ala poderosa y cernerse sobre la tempestad que les sirve de peana. La ola enfurecida, el rugido de los vientos desencadenados, todas las baterías del rayo eléctrico en posesión del espacio, he aquí la lucha en el vasto campo de la naturaleza. Pero la fuerza no puede ser vencida sino por la fuerza cuando ésta es conducida por la sagacidad, piloto del espíritu. La pupila del albatros para dilatarse, exige la tempestad y en ésta encuentra su triunfo, su festín. El día en que estos albatros de las tempestades sociales vuelven al hogar, después de asomarse la faja iris en todos los horizontes, es para sucumbir… El poderío se torna entonces en debilidad, la sagacidad en temores; inflexibles, augustos, olímpicos, se hacen después llorones y quejumbrosos. Pero como el albatros, siempre encuentran la roca, el escollo, la playa hospitalaria que les sirve de tumba…

A los once años después de la partida de Bolívar, tropieza éste con su viejo tutor. Veíanse de nuevo, anciano ya el maestro, y de veinte y cinco años el antiguo muchacho tronera y voluntarioso. El mismo número de años mediaba entre ellos; pero el respeto había tomado creces. Tropezaban al comenzar una revolución, cuyo desarrollo nadie podía prever, y la cual necesitaba más de calma y raciocinio que de arranques fogosos. El tutor y el pupilo estaban juntos. Sanz

le juzgó lleno de talento, de imaginación, pero sin juicio sólido. Poseía la locomotividad del cuerpo y del pensamiento, pero careciendo del aplomo que dan los años y la experiencia. Sanz le creyó incapaz de grandes ideas.

Los sucesos de 1810, 1811 y 1812, confirman respecto de Bolívar, la opinión de Sanz. Uno de los espíritus pensadores de aquella época, Pedro Gual, amigo de Bolívar, opinó porque éste no había revelado hasta entonces, las grandes manifestaciones con que apareció más tarde[2].

En las campañas de 1813, Sanz no surge en los campos de la revolución, sino como un espíritu secundario, obrero de poca valía. Con las altas virtudes de un patricio y los talentos de un hombre de Estado, pensador, ilustrado, recto, inflexible en el camino del deber, Sanz no apareció ante Bolívar, en aquellos días azarosos, de triste recordación, sino como el venerable abuelo ante sus nietos belicosos: el hombre de consulta en casos insignificantes; y esto como homenaje debido, más a los años que a la inteligencia del espíritu eminentemente práctico. Es un hecho en la historia que los hombres preclaros, al encontrarse como jefes de situaciones anormales, tienen más confianza en su propio criterio que en el ajeno. Rodéanse más del elemento joven, inquieto y aun turbulento, si se quiere, que de los espíritus ya coronados por los años y las conquistas de una vida laboriosa y fecunda, y sobre todo, poseedores del don de gentes concedido por la providencia a determinados caracteres.

2- Pedro Gual, *Testimonios del ciudadano don Pedro Gual, sobre los verdaderos motivos de la capitulación de Miranda en 1812*, Bogotá, 1843, cuaderno I.

Sólo en dos ocasiones consulta Bolívar a Sanz: primero, respecto del proyecto de Constitución que deseaba dar a Venezuela en 1813; y segundo, respecto de la pacificación en 1814, de los valles de Barlovento, que Sanz conocía, como el primero. Conciso y terminante se presenta el tutor, en sus opiniones: "En medio de la anarquía no puede reinar ninguna Constitución: la anarquía exige la dictadura y en ésta deben resumirse todos los poderes". Y respecto de la paz, alterada en los valles de Barlovento por los agricultores españoles y los esclavos sublevados, Sanz dice: "No es posible la autoridad civil, cuando el desorden impera, sino la militar, el campo volante, la ciudadanía armada en defensa de los intereses generales". Con tales respuestas manifestó el tutor la virilidad de sus ideas y la rectitud de sus propósitos.

Contestaciones como éstas acompañadas de disputas acaloradas, en las variadas conferencias que tuvieron sobre temas políticos Bolívar y Sanz, fueron causa de que estos dos hombres no se acercaran y se unieran íntimamente, como era natural. La diferencia de edad, de educación, de principios, y cierto antagonismo en el modo de juzgar los sucesos, concluyeron por separar estos dos hombres que nunca llegaron a amarse. Víctima de los sucesos de 1814, acosado por la anarquía patriota más que por las huestes españolas, Sanz abandona en buena hora la tierra caraqueña y sigue a la isla de Margarita. Uno de sus contemporáneos, el general José Félix Blanco, nos dice, respecto del ilustre patricio, lo siguiente:

> Allí, (Urica) con el último ejército de la República, pereció uno de sus más virtuosos e ilustrados hijos, aquel Licenciado José. Miguel Sanz, que en una época anterior hemos visto tan consagrado al servicio de su patria. Perseguido por Monteverde, había gemido muchos meses en las mazmorras de La Guaira y

Puerto Cabello, hasta que la Audiencia española establecida en Valencia, le puso en libertad. Perdidas las posesiones del Centro y del Occidente por consecuencia de la batalla de La Puerta, emigró a Margarita, y se hallaba allí, cuando su amigo Ribas, deseando oír sus consejos, y aun obtener su mediación para cortar de raíz las disensiones de los jefes militares le llamó a su lado, haciendo valer a sus ojos el bien que de ellos se seguía a la República. La víspera de la acción de Urica se avistaron y conferenciaron largo rato, separándose luego al empezar el combate. Con la muerte del ilustre letrado fueron a manos de Morales sus preciosos trabajos literarios y entre otros, una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acopiado inmensos materiales. Todos fueron destruidos[3].

¿Cómo juzgará la historia de Venezuela a este célebre patricio de los primeros años de la magna revolución? En un cuadro por separado que publicaremos más tarde, trataremos de estudiar esta figura admirable, siempre luminosa de nuestra historia. Tal figura amerita un estudio serio.

3- *La Bandera Nacional*, Caracas, 1838.

Bibliografía

Rojas, A. (2008). *Orígenes venezolanos (historia, tradiciones, crónicas y leyendas)*. Caracas, Venezuela: Fundación Biblioteca Ayacucho..

EL PRIMER TUTOR DE BOLÍVAR

Arístides Rojas compone este texto títulado *El primer tutor de Bolívar*, donde abarca aspectos poco explorados, hasta ese momento, sobre la infancia de nuestro libertador. Impuesto por la Audiencia de Santo Domingo, el abogado caraqueño, José Miguel Sanz, fue el encargado de proteger y orientar a Bolívar en las distintas líneas de la vida cotidiana. Advertencias, consejos y castigos formaban parte del día a día, pero el respecto entre ellos permaneció intacto con el paso del tiempo.

ARÍSTIDES ROJAS (CARACAS, 1826-1894)

Destacó como escritor, naturalista, médico, periodista e historiador; contribuyó en la investigación de variados temas científicos, literarios y del folklore venezolano, entre otros. En 1844 inició sus estudios de Filosofía en la Universidad Central de Venezuela. En 1846 se matriculó en medicina y en 1852 obtuvo el grado de doctor en Ciencias Médicas. Fue vicepresidente de la "Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales". Entre sus publicaciones se encuentran: *Un libro en prosa. Miscelánea de Literatura, Ciencia e Historia* (1876) y *Estudios Indígenas. Contribución a la historia antigua de Venezuela* (1878).

